

OPINIÓN

SILLÓN DE OREJAS

Solomillos de lujo

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. Regeneración

Pertenezco a una generación que, en general, no ha mostrado hasta hace bien poco lo que podríamos llamar “conciencia animalista”. Nunca lei entero —ni siquiera de primera mano— *Liberación animal* (Trotta), de Peter Singer, un libro fundacional de hace 40 años que aquí se publicó un cuarto de siglo después, lo que ya es un dato sobre el nulo interés que entre nosotros suscitaba el asunto. Y recuerdo con rubor no haberme tomado demasiado en se-

rio a mi admirado Jorge Riechmann cuando intentaba explicarme —hace ya dos décadas— de qué iba la nueva ética animalista; incluso quiero recordar (y aún me sonrojo) haber empleado como defensa dialéctica ante sus argumentos una frase-mantra de Sartre (de *Las palabras*) en la que, a propósito del cariño que alguien profesaba a alguna mascota, el filósofo al que más he admirado y que más veces se equivocó pontificaba que cuando se ama demasiado a los animales, se los ama contra las personas. Peor aún (si se me permite una pequeña frivolidad autobiográfica): me gustan tanto las hamburguesas a la parrilla que cuando las saboreo me resulta difícil caer en la cuenta de que me estoy zampando carne de un animal —como yo— que ha experimentado un largo proceso de maltrato y sufrimiento hasta llegar a mi estómago. Viene esto a cuento de que el otro día pasé por delante de una de esas modernas y lujosas carnicerías en las que las piezas de carne sacrificada



La fuerza del destino: Kid Chocolate (1972), obra de Eduardo Arroyo.

—cabezas, cuartos traseros, jugosos costillares— cuelgan artísticamente y en diversas fases de maduración en el interior de escaparates frigoríficos, como si se tratara de una colección de ropa de invierno preparada para que algún miembro de la familia Casiraghi, ponga por caso, elija una prenda para lucirla en su refugio invernal de Gstaad. De repente, experimenté como un pequeño *satori* o iluminación, y me vi allí dentro, desollado y colgando despiezado —tronco, muslos, abdomen— como si fuera un modelo para un *corché* de Andrea Vesalio. La carne yendo a la carne, me dije con un punto de repugnancia canibalesca (se calcula que matamos a más de 56.000 millones de animales al año). Bueno, no sé cuánto tiempo me durará la abstinencia de carne (la mía es débil), pero les aseguro que llevo desde entonces evitándola concienzudamente, quizá porque nunca me había sentido tan próximo a un canibal. Reconozco que a ello me ayuda bastante la lectura del muy mi-

EN POCAS PALABRAS

José Ovejero “Jamás haría de negro de un famoso”

José Ovejero (Madrid, 1958) vuelve al género del cuento en su nuevo libro, *Mundo extraño* (Páginas de Espuma), después de una década dedicado a la novela, el ensayo, el teatro y la poesía.

¿Qué le hizo querer ser escritor? Nunca he sentido que quería ser escritor; para mí, yo era escritor. Incluso de niño estaba convencido de ello, y lo estuve durante los 35 años que pasé sin poder publicar un libro.

¿El último libro que le ha gustado? *Nuestro mundo muerto*, de Liliana Colanzi.

¿Y uno que no pudiera terminar? *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry.

¿Qué libro ajeno le habría gustado escribir? La trilogía *El gran cuaderno*, pero por suerte lo escribió Agota Kristoff.

Vuelve al cuento en su nuevo libro. ¿Qué le gusta más de este género? La versatilidad: pasar de una voz a otra, de un tono a otro, cambiar de estilo. La novela exige una mayor fidelidad a la propuesta inicial.

¿De dónde tira más *Mundo extraño*, de la imaginación o de la realidad? La imaginación es una forma de mirar la realidad sin dejarte engañar por su apariencia. Creo que este es un libro con mucha imaginación, es decir, muy atento a lo que sucede a mi alrededor.

¿Qué canción escogería como autorretrato? *Singapore*, de Tom Waits.

Si no fuera escritor, ¿qué le gustaría ser? Escritor.

¿Cuál es su película favorita? No sabría elegir solo una, ni dos, ni tres. Pongamos que, de las que he visto los últimos años, *La cinta blanca*, de Haneke.

¿Qué está socialmente sobrevalorado? La actualidad.

¿Qué encargo no aceptaría jamás? Hacer de negro de un famoso, independientemente de las razones de su fama.

¿A quién le daría el Cervantes? A Cristina Peri Rossi.

TRIBUNA LIBRE / BEATRIZ SARLO

Recordando con ira

Cuando yo era chica, sabía, como muchas de mis compañeras de colegio, que algunos de sus hermanos se iniciaban con la mucama de la casa. No se hablaba del asunto, que parecía formar parte de las tareas domésticas de esas muchachas pobres de provincia. Esa ofensiva explotación era invisible incluso para las señoras de la casa; y las mucamas de hogares respetables, cristianos y ordenados aceptaban el silencio porque, si hablaban, seguramente podían perder su trabajo y terminar en una situación todavía peor: la de prostituta o, en el mejor de los casos, la de mentirosa.

Human Rights Watch proporciona la siguiente enumeración de ofensas perpetradas, todavía hoy, sobre empleadas domésticas: “Jornadas excesivas sin descanso, falta de pago de salarios, imposibilidad de salir del lugar de trabajo, abuso sexual y físico, trabajo forzado y trata de personas”. Se han detectado estas transgresiones en Estados Unidos, El Salvador, Guatemala, Indonesia, Malasia, Marruecos, Filipinas, Arabia Saudí, Singapur, Emiratos Árabes. *Detrás del mandil*, apropiado título para un estudio publicado en Perú en 2007, asegura que entre 100 servidoras domésticas entrevistadas durante un año, 4 sufrieron violación y casi el 30%, acoso sexual permanente. Mujeres ofendidas y humilladas, junto a ellas debió andar la María del poema de Juan Gelman: “Se llamaba María todo el tiempo de sus diecisiete años, / era capaz de tener alma y sonreír con pajaritos, / pero lo importante fue que en la valija le encontraron / un niño muerto de tres días envuelto en diarios de la casa”.

Naturalmente, esas mujeres no conocieron a Harvey Weinstein ni saben quién es Polanski, y por lo tanto sus historias de vida son parte de una encuesta sociológica, no tema para un plano de televisión *prime time*. Además, esas Marías callan también pensando en sus familias de pequeños pueblos provincianos y mestizos; en la vergüenza de sus madres; en la posible cólera de algún hermano que viviera como ellas en la ciudad donde fueron usadas. Hicieran lo que hicieran, las cosas siempre resultarían peor. No solo serían abusadas, sino que seguirían en el barro y la oscuridad.

Primas de esas mujeres eran las obreras que conocí en una gran fábrica electromecánica de los alrededores de Buenos Aires. Tan bravas que aún hoy no me parece fácil que se atrevieran con ellas. Eran militantes políticas o sindicales, altivas, desafiantes y dispuestas a correr riesgos. No había medios de comunicación que las representara si alguna de ellas sufría el acoso masculino; tampoco la

fábrica tenía un manual de procedimientos para tales casos. Podían perder el trabajo, pero no vacilaban en pegarle dos patadas a un varón que se atreviera. Y si se trataba del capataz, mejor todavía. Eran inteligentes y feroces; tenían una autonomía sostenida por el orgullo. Podían perder la vida, como tantos en la larga historia del sindicalismo y de las luchas de las minorías raciales, de modo que lo demás se creían en condiciones de enfrentarlo.

Ni qué hablar, a finales de los años setenta, de las mujeres que salieron solas a denunciar la desaparición o el asesinato de sus hijos. Tampoco las acompañó la televisión local, mientras daban vueltas por la plaza. No calcularon que les convenía esperar 5 o 10 años para hacer la denuncia del crimen. Salieron sobre caliente, arriesgándose sin medida. Eran protagonistas de una tragedia y decidieron actuar en el momento mismo de los hechos, no cuando esos hechos pueden convertirse en guion para una serie de Netflix. Como Antígona, esas mujeres no querían que los cadáveres quedaran insepultos.

Podría mencionar otros hechos honrosos, aunque no heroicos. En 1966 y también en 1976, la universidad argentina fue intervenida por dictaduras militares. Centenares de profesores abandonaron sus puestos, porque no estaban dispuestos a trabajar ni un minuto más en condiciones de violencia. Decidieron que, finalmente, una carrera no vale tanto. A algunos la vida les dio revancha, a otros no se la dio. Pero todos, en el momento de elegir, hicieron un acto libre, donde el cálculo sobre su camino académico pesó poco. Familias enteras partieron al exilio y fueron las mujeres quienes tomaron a su cargo la doble tarea de trabajar en tierra extranjera e instalar allí a sus hijos.

El poema de Gelman sobre María, la viejenta, describe con deliberada crudeza una biografía social, cuyos límites no permiten una acción libre. María no puede elegir porque no puede imaginar otra salida. Las condiciones sociales ya han elegido por María, que está presa en su cárcel de pobreza, ignorancia y destitución. María no calcula qué le conviene hacer para su futuro ni cómo le conviene manejar su presente. Las operaciones del cálculo son para quienes disponen de tiempo y de la posibilidad de administrarlo. Es decir, para quienes viven en condiciones de libertad recibida, heredada o ganada por la propia lucha. Una historia de las mujeres incluye estos capítulos bien diferentes.

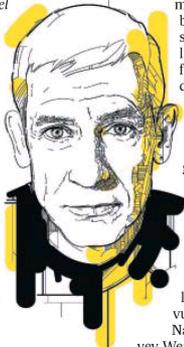


ILUSTRACIÓN DE SETANTA

litante y audaz *Zoópolis, una revolución animalista* (Errata Naturae), de los filósofos Sue Donaldson y Will Kymlicka, pero no sólo. Mucho más cercanos a nuestra cotidianidad alimenticia son, por ejemplo, algunos de los libros del catálogo de Diente de León, cuya directora, Ana Azcárate, está empeñada en la limpieza y regeneración del organismo. Les recomiendo, por ejemplo, *Esto no es normal*, de Joel Salatin, un compendio de sabiduría y sentido común a cargo de un granjero que sabe de lo que habla.

## 2. Estudios

La primera vez que entré en el estudio de un pintor fue en el de mi tío, Juan Guillermo (1916-1968), joven miembro de la llamada Escuela de Madrid, hoy menos conocido de lo que debería. Me sentía tan a gusto en aquel ámbito que durante un verano de mi adolescencia decidí montarme uno por mi cuenta y emborronar docenas de cartones y lienzos con efígrafos planes y expresionistas al acrílico, que copiaba de lo que entonces hacía Modest Cuijart, cuya pintura admiraba. Nunca volví a pintar, pero he seguido visitando estudios de pintores siempre que se me presenta

la ocasión. El más bello, ordenado y envidiable —allí me quedaría a vivir para siempre— es el de Eduardo Arroyo, en un piso interminable y aromático de la Costanilla de los Ángeles. Parte de su luminosa hermosura se debe, supongo, a que, además de lienzos y toda clase de tubos, pinceles y "recados de pintar", el espacio está lleno de libros. Arroyo pinta, lee y ama los libros. Y es propietario de varias bibliotecas temáticas en las que vuelca y sublima sus mitomanías. Una de ellas es el boxeo, un deporte del que colecciona todo lo que encuentra. Arroyo es además un estupendo escritor: intuitivo y apasionado, con ojo para el detalle (que es donde se refugia casi todo lo que impulsa un gran cuadro/libro). Ahora Javier Fórco, un editor atento al aire del tiempo, retoma y traduce —ampliado— *Panamá Al Brown*, una estupenda, emocionante biografía-homenaje de Alfonso Teófilo Brown (1902-1951), que Arroyo compuso a mayor gloria de aquel peso gallo que surgió de la sordidez y la miseria, revolucionó el boxeo, conquistó el mundo, disfrutó de la opulencia y el capricho con esa furia frenética que solo proporciona la venganza, y murió enfermo y abandonado de todos. En el fondo, (otra) historia inmortal.

## 3. Maoistas

Más allá de la crónica apasionante/espeluznante *La cuarta espada* (Debate, 2007), de Santiago Roncagliolo, y de novelas (del propio Roncagliolo, de Vargas Llosa, de Alonso Cueto) que tratan directa u oblicuamente el conflicto que desgarró al Perú de los ochenta (y más allá), *Breve historia de Sendero Luminoso* (Catarata), de Jerónimo Ríos y Martí Sánchez, constituye una eficaz síntesis de los orígenes, la evolución ideológica y táctica y la derrota final (hasta su posterior marginalización narcoguerrillera) de la única organización revolucionaria de carácter maoísta (y no foquista o guevarista) que llegó a tener influencia en América Latina. Una historia terrible (casi 70.000 muertos) puntuada por la crueldad y la barbarie sin límite (matanzas, asesinatos, torturas) desatadas tanto por la organización de Abimael Guzmán —un potencial Pol Pot andino— como por las fuerzas (legales o no) encargadas de su represión, y que culminaron durante el mandato de la corrupta cleptocracia Fujimori/Montesinos. Un relato atroz que ni siquiera admite el consuelo de la suspensión de la incredulidad.

IDA Y VUELTA



ANTONIO MUÑOZ MOLINA

# La bondad implacable

**N**o hay fines nobles que en virtud de su nobleza justifiquen el uso de medios inmundos. Los medios son los fines. Los llamados fines son el medio y la excusa para imponer una dominación. Procuro no hacer el menor caso de los fines o los ideales explícitos que asegura tener la gente. No hay ninguna dificultad en inventar un ideal luminoso. No cuesta ningún dinero, y casi ningún esfuerzo, salvo el de la simple enunciación, y quizás algún gasto en propaganda. Hasta la obtusa sed de sangre de los pistoleros etarras podía envolverse en el ideal arcádico de una comunidad liberada, noble, feliz. El crimen y el terror no eran el medio necesario o disculpable para alcanzar ese fin. Eran el fin en sí mismo, por otra parte muy conocido y muy experimentado en muchos sitios del mundo: la dominación de las personas y de las conciencias a través del miedo. No es verdad que distintos ideales, a veces muy alejados entre sí, puedan compartir a veces medios semejantes. La identidad de los medios revela que los fines son exactamente los mismos.

Però el ideal noble siempre parece que logra mayores disculpas. No es lo mismo al fin y al cabo tener como ideal la primacía de la raza aria que la igualdad y la fraternidad entre todos los seres humanos. Todos los puritanos religiosos y políticos han desconfiado siempre de las imágenes, sobre todo si eran imágenes de cuerpos humanos desnudos, y en general de cualquier forma de arte, de literatura, de fantasía no controlada o regimentada por ellos. Los integristas religiosos defienden la censura de palabras e imágenes en nombre de la salvación de las almas en la vida eterna. Pero da la casualidad de que una censura igual de rigurosa se ha defendido y se ha impuesto en otras épocas en nombre de ideales laicos y emancipadores. La Iglesia católica proscibía la desnudez de los cuerpos porque incitaba al pecado y por tanto a la perdición, y por eso las personas progresistas nos rebelamos contra ese despotismo. ¿Vamos a aceptar que se prohíban los cuerpos desnudos o se pongan límites a la libertad de expresión en nombre del ideal admirable de la dignidad y la igualdad entre las personas? En el mundo comunista la homosexualidad fue tan perseguida como en los países de sofocante hegemonía católica. ¿Era más disculpable la homofobia de Fidel Castro que la del general Franco y sus obispos obsequiosos? En ambos casos el ideal diverso

es un pretexto, y la finalidad, la misma: literalmente, invadir la intimidad de las personas y joderles la vida. A todos nos gusta manifestar nuestro escándalo por la agresión reaccionaria, política y religiosa, contra la *Olympia* de Manet y contra *Madame Bovary*. La pregunta es cuál será nuestra actitud si la censura puritana se ejerce en nombre de causas con las que nos identificamos; incluso si en nombre de esas mismas causas se limitan derechos sagrados de las personas.

Algunos de nosotros llegamos a conocer en nuestra adolescencia la grosería de la censura, la inseguridad de un sistema sin garantías jurídicas en el que ser sospechoso equivalía a ser culpable, la manipulación del pasado al servicio del poder político y de la Iglesia católica, la eliminación completa de nombres y de periodos de la historia. Porque conocimos aquello quizás estamos más adiestrados para advertir el regreso de los síntomas inmemoriales de autoritarismo que ahora empiezan a ejercerse no en nombre de la ortodoxia patriótica o religiosa, sino del más sagrado respeto a las minorías, a los más vulnerables, a las víctimas de abusos sexuales, a las mujeres maltratadas y postergadas. La vieja trampa vuelve a saltar con el automatismo de siempre: prohibimos algo o condenamos sin juicio a alguien porque queremos hacer justicia a los oprimidos y salvaguardar a los inocentes; si tú no acatas nuestra prohibición ni das por licita de antemano nuestra condena es porque eres cómplice de los opresores y de los culpables. Pero además no basta con el castigo, ni con corregir el presente; hay que borrar al castigado, su presencia y su obra; hay que dilatar retrospectivamente su condena; hay que cambiar el pasado para que no queden en él testimonios que puedan perturbar nuestra beatitud presente y futura.

Asociaciones virtuosas exigen al Metropolitan Museum de Nueva York que esconda un cuadro de Balthus, igual que hace veintitantos años exigían que se retirara



Teresa soñando (1938), óleo de Balthus. MET (REUTERS)

de una exposición la *Maja desnuda* de Goya. Si la prohibición se hace en nombre del puritanismo religioso, parece inaceptable: basta cambiar el ideal y se convierte en una reivindicación liberadora. La National Gallery de Washington acaba de "posponer" una exposición del pintor Chuck Close porque varias modelos lo acusan de lo que antes se llamaba "propararse". Chuck Close lleva paralizado en una silla de ruedas desde hace 30 años. La simple acusación lo ha convertido en culpable. Hay sospechosos a los que no se les concede la presunción de inocencia. Otros museos de Estados Unidos han descolgado obras de Close que estaban expuestas en sus salas. La culpa automática del acusado infecta de inmediato

a su obra. Lo que ha hecho o no ha hecho, la sombra que cae sobre él, extiende un maleficio tóxico que debe ser suprimido. No basta la afrenta pública. El castigo no es suficiente. Cualquier duda, cualquier flaqueza o concesión, es una injuria añadida a las víctimas, a todas ellas, literales o no, cercanas o lejanas. Con la misma facilidad con que se le cuelga a alguien el sambenito de hereje y se le condena a la lapidación o a la hoguera, se reparten certificados de lo que podría llamarse victimidad. ¿Quién puede pedir que no se retiren de un museo, o no se borren de la historia del arte, obras que tienen un origen tan emponzoñado, y cuya mera existencia, ni siquiera contemplación, ofende tanto, provoca tanto sufrimiento?

El delito es tan grave que igual que anula la presunción de inocencia, tampoco admite la eximente de la muerte. Reos vivos y muertos se mezclan en el desfile diario de la nueva Inquisición: Woody Allen, Balthus, Picasso, Egon Schiele, Caravaggio, Chuck Close defiende en vano su inocencia y dice amargamente: "Me han crucificado". Es una lapidación más bien, una quema en la hoguera. Es el principio eterno de fanatismo purificador que adapta en cada época un disfraz religioso, o político, según convenga, siempre con la misma sonrisa de implacable bondad.

**“**Con la misma facilidad con que se le cuelga a alguien el sambenito de hereje, se reparten certificados de lo que podría llamarse victimidad